Enrique Monroy

¿Cómo es Idaho?

Colección En voz alta

Miró a través del vidrio del automóvil y apenas podía ver la calle. Tomó un trapo seco de la guantera y limpió el vaho del parabrisas. Casi entrecerrando los ojos comenzó a ver los números de las casas. 127, 128, 129, 130. De esa manera continuó hasta llegar al número 150. Se detuvo por un momento y buscó lugar para aparcar su Ford Falcon 1966. No encontró lugar. Bajó la ventanilla y el viento frío le golpeó el rostro, hizo una mueca de molestia e intentó cerrarse el abrigo. En el número 150 se alcazaba a escuchar música. Observó un lugar disponible cuatro automóviles más adelante y de inmediato arrancó. Después de dos maniobras estacionó el coche, bajó dos maletas medianas de la cajuela, se abrochó el abrigo y se dio un poco de calor en las manos con la boca. Tomó las maletas y con cierto paso lento, fue hasta el 150 de la calle de Diamantinas.

Tocó a la puerta un par de ocasiones sin recibir respuesta. Endureció el puño y tocó de nuevo. Después de esperar algunos minutos, una risilla se escuchó en el recibidor, la perilla giró y la imagen de Susana apareció, llevaba el pelo con mechas rubias, planchado hasta el medio y quebrado hasta el final, una blusa sin mangas y cuello ruso negra, una falda blanca que apenas cubría sus muslos y un par de hermosos tacones de plataforma negros. Susana se sorprendió y quedó en silencio, volteó hacía la sala en donde se escuchaba *Lay all your love on me*. Volvió la mirada y dijo un hola tímido.

-Parece que tienes fiesta – dijo Adrián.

-Algo así… ¿por qué no me llamaste?… pude haber ido por ti – dijo Susana con dulzura.

-¿Puedo pasar?

-¡Oh si!, claro, pasa.

Adrián talló la suela de sus botas contra la jerga y observó por un momento a los invitados. Se quitó el abrigo y miró a Susana por un momento.

-Traigo el Falcon – dijo Adrián.

-¡Oh!… –Susana hizo una pausa–. ¿Ya comiste?

Adrián atravesó el pasillo y fue hasta la cocina. Dejó el abrigo en una silla y abrió el refrigerador.

-Hicimos canapés, algunos bocadillos – dijo Susana.

-¿Canapés? –preguntó Adrián desconcertado–, ¿quién come eso en navidad?

-Hay alcohol – dijo Susana tratando de explicarlo.

-Sabías que vendría en navidad.

-Lo olvidé... supongo.

-Me hubieras dicho que vendrían tus amigos, habría llegado hasta año nuevo.

Susana agachó los hombros.

-También hay algo de pavo creo, flan napolitano y ahmmm... creo que lomo, sí, debe haber lomo –dijo Susana moviendo algunas cazuelas–. ¿Quieres que lo caliente?

Adrián aceptó y volvió al refrigerador en busca de una cerveza. La destapó y se sentó a la mesa. Miró a Susana por detrás y suspiró. Se recargó en el respaldo de la silla y relajó su cuerpo. Había sido en aquella primavera de 1995 cuando la familia de Susana se mudó para la ciudad. Recordó a Susana de una manera que sólo aquellos que se encuentran moribundos lo hacen. Respiró fuerte, bebió de su cerveza.

-¿Cómo es Wyoming?

-¿Querrás decir Idaho? – dijo Adrián con disgusto.

-¡Oh, Idaho! –Susana se disculpó mientras cortaba un baguette enorme–. Bien, entonces, ¿cómo es Idaho?

-Solitario, frío... – dijo Adrián mirando la boquilla de la botella.

-Pensé que Estados Unidos era bonito.

-¿Bonito?... no me parece que alguna ciudad sea bonita, más bien encuentro a las ciudades sombrías, aburridas, excitantes, en movimiento... no sé, pero bonitas, no, no he visto una ciudad bonita... –Adrián bebió de su cerveza y pensó por un momento–. ¡Oh!, Washington es realmente hermoso, tal vez entre en tu definición de bonito, sin duda Washington – Adrián bebió de nuevo.

-Mmm, ok... ¿entonces Idaho cómo es en tus palabras?

-Es muy tranquilo, y tiene paisajes impresionantes, es un lugar realmente asombroso... pero muy rural, hay zonas que realmente se han quedado rezagadas en varios aspectos, y no es que les falten cosas pero...

Susana volteó para mirar a Adrián. Se recargó en el fregadero y cruzó sus piernas mientras su mano izquierda se encontraba en la base del

fregadero. Su falda blanca se subió un poco y el aspecto vital de sus muslos conmovieron a Adrián quien la miró con cariño, le sonrió, y Susana le respondió con una sonrisa más amplia. Adrián notó en aquella sonrisa una lejanía terrible y le dieron nauseas. De inmediato recordó aquel invierno del 99 cuando Susana le dijo que debía dejarlo, que debía dejarle de amar porque se sentía sofocada, que el aire le resultaba poco para poder vivir, así lo dijo.

-¿Entonces no es bonito Idaho?

-Sí, es bonito… – dijo Adrián agachando la mirada.

Comieron juntos mientras la música y los gritos de las mujeres y los aplausos de los hombres inundaban la sala. Conversaron de su estancia en Idaho, de como ayudó a mantener el rancho de los Petterson, de como se convirtió en capataz. "Nunca me habían ascendido", le dijo a Susana con cierta nostalgia. "Nunca alguien se había fijado en mí". Y bebió.

-Ven, vamos a la fiesta, ¿quieres?… – dijo Susana.

Adrián se levantó y caminó hasta la sala. Un gran número de gente y de parejas se encontraban bailando *D-I-S-C-O*. Adrián no conocía a todas aquellas personas que de inmediato identificó como extraños. Ellos lo miraron y casi de inmediato, su gorra, sus botas de trabajo, su pantalón de mezclilla y su camisa a cuadros de franela le dieron un aspecto trabajador. Susana se agachó un poco y fue hasta la mesa para buscar algo de beber. Tomó un poco de vodka y lo bebió por completo.

Adrián fue hasta ella, se detuvo por un momento a su lado y buscó algo de tomar.

-No sabía que tomaras tanto. Recuerdo que beber te daba sueño.

-Ahora las cosas son un poco distintas, Adrián – dijo Susana con tono molesto.

-Me hubieras dicho que viniera hasta año nuevo – dijo Adrián sirviéndose un poco de ron y refresco de cola en un vaso de plástico.

-Es que yo no te dije exactamente cuando vinieras.

Adrián bebió un trago largo, cerró los ojos por un momento y suspiró.

-Hacía mucho tiempo que no probaba tan buen ron – dijo satisfecho.

-Lo traje de Haití – dijo un hombre delgado, calvo, y con bigote negro muy pronunciado.

El hombre con bigote llevaba camisa blanca a rayas rojas delgadas y sin playera debajo, con las mangas arremangadas y tenía algo de pelo en el pecho. Adrián lo midió, y le dijo que era un buen ron.

-Soy Jorge Milán, como la ciudad italiana –dijo riendo un poco, intentando ser agradable–, mucho gusto – dijo estirándole la mano derecha a Adrián.

-Mucho gusto – dijo Adrián apartando la vista y dejando la mano de Jorge Milán en el aire. Volvió a beber.

-Es uno de los socios de mi trabajo – dijo Susana casi susurrando.

Adrián trago saliva y miró a Susana.

-¡Ah!, ¿ya trabajas?

-¿No te había dicho?

-No, no me lo habías dicho.

-Creí que te lo había dicho en una carta.

-Mmm... no, tú no me escribes cartas.

-El año pasado te mandé un par, creí habértelo dicho en una de ellas.

Adrián miró a Jorge por un momento y le dijo:

-¿Podrías dejarnos solos?

-¡Oh sí!, disculpen. Estaré con Rodolfo – dijo Jorge mirando a Susana y señalando una mesa que se encontraba en el rincón de la sala.

-¿Y todo el dinero que te he mandado, que ha sido de él?

-Lo he ocupado para la despensa y algunas cosas para la casa – dijo Susana.

-Y para ropa, supongo – dijo Adrián mirando el cuerpo de Susana de cabeza a los pies.

-No, en eso no... – dijo Susana volviendo a beber.

Adrián se sirvió de nuevo ron con cola, suspiró, y un calor intenso se apoderó de su pecho y cuello, como una llamarada que le quemaba por dentro, provocándole angustia.

-Creo que deberíamos divorciarnos, Adrián – dijo Susana temblando un poco.

Adrián guardó silencio y comenzó a pensar en lo que vendría. Observó a Jorge a lo lejos y se percató que él y sus amigos no podían quitarle la mirada a Susana.

-Debiste decírmelo, Su – dijo Adrián con voz quebrada.

-Las cosas surgen así, de improviso, nunca pensé en nada y...

-¿Recuerdas cuando te conocí?, ¿cuando te dediqué ese poema que encontré en un libro de la biblioteca de la universidad?, ¿lo recuerdas?

-Sí, sí.

-En esa época me gustabas demasiado, todavía hoy, cuando te vi en la puerta, me sentí orgulloso por tener a una chica tan linda como tú...

-¿Por qué haces esto, Adrián?

-Tal vez no debí tomar ese trabajo...

-Tal vez...

-Recogeré mis cosas y me marcho, ya le diré a Ismael que vea eso contigo.

Adrián fue hasta la cocina por su abrigo y trató de aguantarse las lagrimas. Susana lo acompañó y le dijo que no tenían porque terminar mal. "No podría verte Su", dijo Adrián tratando de evitar los ojos de Susana.

-¿Cuanto tiempo quieres para dejar la casa? – dijo Adrián.

-¿Dejar la casa? – preguntó Susana.

-No pensaste que te la dejaría, ¿verdad?

-Pero supongo que algo me corresponde, ¿no?

Adrián bebió un trago y le dijo a Susana, mirándola con detenimiento:

-Te equivocaste conmigo y yo contigo –dijo Adrián colocándose el abrigo–... pero sé cosas cariño, cosas que tú y toda tu elegancia y tu hermosura no han previsto... y no, no te corresponde nada...

-¡Pero es injusto Adrián!, ¿en donde viviré?

En la sala reinó el silencio y comenzaron a escucharse murmullos. Adrián salió de la cocina, tomó las llaves del Falcon, recorrió el pasillo, observó a los invitados, cruzó miradas con Jorge y se dirigió hacia la puerta. Susana siguió repitiendo que era injusto.

-¡Tú tienes a Idaho y a tu cultura norteamericana, puedes vivir allá!, ¡no es justo Adrián! – dijo Susana soltando en llanto.

Adrián se acercó a Susana, la tomó por los hombros, le alzó la barbilla y le dijo:

-¿Qué es justo, cariño?

Susana lo miró por un momento. Adrián observó sus ojos y se dio cuenta que ya no la conocía. Tenía rabia, sí, no podía imaginar el cuerpo de Susana siendo sometido por aquel hombre que detestó desde que escuchó su voz.

-Te doy un mes – dijo Adrián, y caminó hacia su Ford Falcon 1966.

-¡No es justo Adrián!

Algunos invitados comenzaron a salir al escuchar los gritos de Susana. Jorge Milán salió y vio a Susana llorar, le preguntó que había sucedido.

Susana continuó llorando.

-¿Le haz dicho?

Susana afirmó con la cabeza.

El motor del Falcon se escuchó en casi en toda la calle, sus faros se encendieron y en dos movimientos salió. La fiesta siguió horas después y casi por la mañana pude escuchar los gemidos de Susana y las palabras que el tal Jorge Milán le decía. Palabras que aún recuerdo y que apunté en una libreta de forma francesa no sé por qué. Susana esa noche dejó de ser lo que había sido en algún tiempo, un ente asediado para convertirse en un bastión conquistado, maltrecho y olvidado, porque después de esa noche el tal Jorge Milán nunca volvió a verla. Y fue así, como la casa con el número 150 de la calle de Diamantinas quedó abandonada.

México, octubre 12 – diciembre 3, 2010.

Nota: este cuento fue leído a voz alta en el *1er. Encuentro de Estudiantes de Creación Literaria: Hacer invención*, que la Universidad Autónoma de la Ciudad de México, Cuautepec, organizó el 19 de mayo de 2011.

EMB
Enrique Monroy Biblioteca

© Enrique Monroy, 2010

¿Cómo es Idaho? by Enrique Monroy is licensed under a
Creative Commons Reconocimiento-SinObraDerivada 4.0 Internacional License

3a digitalización, abril 2014

ténegro